

# MIENTRAS EL LOBO ESTÁ (2010)

# LA FEROCIDAD

# DE LOS VERSOS

Por  
**ANGELA ARCE GAMARRA**

*El día en que perdimos a Plutón las tiendas  
abrieron como siempre. Hacía un poco de frío.*

Eduardo Chirinos

A los diez años, después de tantas veces de haber jugado a la ronda, me di cuenta de que quien encarnara al lobo feroz siempre elegía perseguirme primero a mí. Mi escasa agilidad me había vuelto el blanco más fácil y todos en mi cuadra lo sabían. No era divertido, así que desarrollé una simple estrategia para no aburrirme. Opté por llevar un libro y leerlo mientras los demás seguían correteando y luchando por su libertad. Claro que a esa edad el ser diferente trae una secuela de la que ni el más veloz se puede escapar: el apodo.

Crecimos, el lobo mutó, se multiplicó y empezó a acechar a todas las caperucitas del barrio, pero yo seguía siendo la lenta, la gorda, pero, sobre todo, 'la diccionario'. Nueve años más tarde, Eduardo Chirinos escribiría los versos precisos que me habrían podido acompañar durante la dura pubertad.

El poemario *Mientras el lobo está*<sup>1</sup>, ganador del XII Premio Internacional de Poesía Generación del 27 bueno, del premio Luces de *El Comercio*, también, se siente autobiográfico y recopila referencias que invitan a investigar. Las que más me llaman la atención son las que toman conciencia de lo que son: hay un poeta que está escribiendo versos y es importante que lo sepas. Ese es el caso de "Monigotes":

*Desde niño me gusta dibujar monigotes.  
Así me entretengo cuando estoy aburrido,  
cuando nadie me mira, cuando espero  
impaciente el menú del restaurante.  
Algunos tienen nombre propio, bichos  
que apenas sobreviven en el trazo, en  
la corta vida que el papel les concede.  
Ellos me acompañan. Llaman a la puerta  
a cualquier hora, y yo siempre los recibo.  
Llevo a todas partes una pluma, no vaya  
a ser que los escuche y no tenga cómo  
darles forma. Nunca piden nada a cambio.  
Ellos bailan felices en manteles, boletos,  
servilletas, y luego así como han llegado  
se despiden. La gente cree que la pluma  
es para anotar versos, apuntes misteriosos  
que se le ocurren al poeta. No sabe que  
nunca escribo apuntes, que los monigotes  
me visitan cuando suena la música  
del mundo. Y yo no puedo escucharla.*

<sup>1</sup> Grupo editorial Mesa Redonda (ed.). (2010)

El infaltable toque infantil de los versos de este poemario produce inevitable empatía; si sonríes leyéndolo, lo disfrutas más. Quizá se logre ese entusiasmo porque el (des)amor no es un tema frecuente en sus páginas. Sin embargo, no por eso los poemas son inofensivos. Lucen inocentes y de pronto, cuando menos te lo esperas, intentan meterse en tu vida, en los secretos que no sabías que seguías guardando. La cortesía no va con ellos. Atacan de frente a la herida más profunda mientras te sigues preguntando cómo un verso que trata sobre la llegada de una hermana puede estar produciendo, al mismo tiempo, ganas de derramar una lágrima y la necesidad por saltar de felicidad. Chirinos le da en el clavo a la cuestión con “Poema para Claudia”.

*Al llegar te convertiste en mi juguete preferido.  
Y el preferido también de mis hermanos.  
Nos manejabas con la punta del dedo  
y nosotros nos sometíamos felices al capricho  
de quien reina por llegar tarde a la familia.  
Te ganaste ese espacio, bien lo sabes.  
Por eso nos llamas “bebé” a Carlos y a mí  
(a pesar de que arañamos los cincuenta).  
Ahora lo comprendo. Preferiste  
demorarte en hablar, demorarte en caminar.  
¿Quién te arrancaría de ese reino? La vida  
te ha tratado mal (así se dice en las telenovelas)  
pero eso no lo sabes. O lo sabes a medias.  
El olvido, la astucia del día, te librará  
de cualquier pena. No del capricho o del deseo  
que debemos cumplir para que estés contenta  
y sigas reinando, como siempre, entre nosotros.*

Y aquí surge mi duda: ¿por qué es más fácil identificarse con la poesía que con la narrativa? No son generalizaciones al buen estilo de un horóscopo, ni son los dichos de la abuela. En este caso, a mi parecer, creo que se debe a que lo cotidiano y lo ordinario se vuelven interesantes lo suficientemente como para despertar curiosidad gracias a las palabras de Chirinos, quien le da un espacio a lo desapercibido, a lo que siempre diste por sentado y que, después de leerlo, no puedes evitar reaccionar; como si hubieran existido muros invisibles a tu alrededor todo el tiempo y recién pudieras empezar a percibirlos:

*Junto a la blanca pared que separa el mundo  
de los locos del mundo de los cuerdos  
corre una avenida. Y al frente otra pared  
(también blanca) que separa a los huérfanos  
del mundo de los que se criaron con papá  
y mamá. Siempre supe cuál era mi mundo,  
pero al recorrer esa avenida pienso  
en la fragilidad de esa separación,  
por lo demás metafórica. Mi padre  
murió hace siete años, pero el recuerdo  
todavía me persigue. Todo  
por un comentario casual de mi madre.  
[...]*

Mi corta experiencia leyendo poesía me obliga a confesar que no conocía esa sensación pospoema en la que cualquier cosa que ves parece estar esperando que le des forma de verso. Esto me sucedió, sobre todo en la tercera sección del libro, llamada “Tu terca y vacilante redondez”, que junto con “Pabellones comidos por la niebla” y “La misteriosa costumbre del frío”, conforman *Mientras el lobo está*. Esa división me atrajo desde un inicio, aunque debo admitir que me sentí decepcionada al leer algunos títulos. Sin embargo, como todo tiene una excepción, es justamente mi poema favorito el que tiene el nombre que mejor me conquistó. Sin ser pretencioso ni rimbombante, “El poema más lindo del mundo” es de aquellos que pueden volverse tan populares como las frase de Cortázar o Benedetti que se comparten en los muros de Facebook cada cierto tiempo:

*A los diecinueve años escribí el poema más lindo del mundo. Yo era muy joven, no tenía cómo darme cuenta. Ni siquiera recuerdo cómo lo escribí. Si en Lima hubiera tempestades, una tempestad hubiera dictado sus palabras; si lloviera, una lluvia silenciosa hubiera borrado cada uno de sus versos. Pero en Lima la meteorología no ayuda. Tendré que conformarme con una tarde doméstica y un clima que no sabe distinguir otoños de veranos. A quien recuerdo muy bien es a la chica: se lo regalé una noche y ella, sin decir nada, lo guardó en su bolso. Si lo leyó alguna vez jamás lo supe. Hasta llegó a no importarme su desdén. Total, me dije, por ella escribí el poema más lindo del mundo. Así dicen los más jóvenes, los que han conquistado a sus novias leyendo ese poema. A mí también me gusta. A veces, por las noches, se lo leo a mi mujer. A ella le sorprende que no lo sepa de memoria.*

El lobo feroz es, sin duda, una figura literaria con mucha fuerza que ha acompañado las fábulas para niños desde hace siglos y que tiene igual presencia en los relatos -literarios y cinematográficos- para mayores. Cambia de forma de acuerdo a la edad o situación que estemos atravesando pero nunca se va. Es la personificación de esos miedos que arrimamos a una esquina porque los creemos inofensivos, como esos apodosos que nos pusieron de pequeños y que no lograremos olvidar. Sin embargo, tiene una gran similitud con los textos poéticos: podemos vivir sin prestarle atención ni interactuar con ella pero no podemos negar su existencia a nuestro alrededor. Parece que es una buena opción enfrentarla y conocerla. Eso sí, existe una premisa que se mantiene: nadie quiere que el lobo lo atrape, ¿sucede lo mismo con la poesía?

La gente cree que la pluma es para anotar versos, apuntes misteriosos que se le ocurren al poeta.

